



**MONTE CASSINO**

**SVEN  
HASSEL**

Esta es la sexta novela de Sven Hassel. El 27.º Regimiento Disciplinario es destinado a la defensa del Monasterio de Monte Cassino.

Ahí, en una de las más feroces batallas, los conocidos personajes de la 5.ª Compañía, Sven, Porta, Hermanito, El legionario, El viejo, lucharán a las órdenes del comandante Michael Braun, un ex infante de marina.

# MONTE CASSINO

*Este libro está dedicado a los muertos del monasterio  
y de la fortaleza de Monte Cassino.*

*Esta época de vida militar generalizada demuestra que  
no es en absoluto una cuestión una cuestión de mérito  
o de defecto, ni siquiera de carácter, el que un hombre  
lleve un uniforme en lugar de otro, o que esté del lado  
del verdugo, en vez del de la víctima.*

ROLF HOCHHUTH

## 1

¡Qué manera de llover! A cántaros. Un verdadero diluvio.

Estábamos sentados bajo los árboles. Habíamos abotonado los capotes entre sí para formar una especie de tienda. Eran capotes de SS, de calidad superior a los nuestros. Seguía diluviando. Pero, bajo nuestros capotes, estábamos casi secos.

Hermanito había desplegado también su paraguas. Habíamos acabado por encender fuego en la cocina que habíamos encontrado en la villa. Nos disponíamos a zamparnos un tentempié. Cuarenta mirlos se asaban encartados en espetones. Porta confeccionaba bolitas de seso. Dos horas antes, habíamos obtenido el seso de dos bueyes muertos. También disponíamos de perejil fresco. Gregor Martín sabía hacer el Ketchup con tomate. Removía la salsa en un casco americano. Los cascos eran muy prácticos. Se los podía utilizar para montones de cosas, excepto, precisamente, para la que estaban destinados

De repente, nos echamos a reír. A causa de Hermanito. Sin ni siquiera darse cuenta, había hecho una cita clásica.

Después, Porta levantó su sombrero de copa amarillo, prometiendo dejárnoslo como herencia. Y, de nuevo, sonaron las carcajadas.

Heide orinó en mala dirección, contra el viento. Nos tronchábamos. Aún estábamos enfermos de tanto reír, cuando echamos a correr con los platos en la mano, en medio de una salva de obuses.

*Un día, oí cómo un capellán preguntaba a un oficial superior:*

*—¿Cómo pueden reír de esta manera?*

*Fue el día en que nos tronchábamos porque Hermanito llevaba alrededor del cuello las bragas de Luisa la Triste.*

*Me atraganté con una patata y los otros tuvieron que golpearme la espalda con un obús. ¡La risa podía resultar peligrosa!*

*—Si no se riesen de todo y de nada —contestó el oficial—, no lo resistirían.*

*Porta era un hacha en la preparación de bolitas de seso. Sólo las cogía de diez en diez. De lo contrario, nos asqueaban. Él se zampaba las suyas, una tras de otra. Entre los nueve nos comimos más de seiscientas bolitas. Era mucho, y empleamos toda la noche.*

*¡Válgame Dios, qué modo de llover!*

## DESEMBARCAN LOS INFANTES DE MARINA

El estampido de los cañones podía oírse hasta Roma, a doscientos cincuenta kilómetros. No podíamos ver los grandes navíos de combate, pero cada vez que disparaban una salva, el mar se transformaba en un brasero. Primero, un resplandor que cegaba; después, un estampido de trueno.

Convertían en papilla a nuestros granaderos. En unas horas, aniquilaron los regimientos blindados, pobremente armados. De Palinuro a Torre del Greco, la costa era un in-

fierno. En pocos instantes, poblados enteros fueron arrasados. Un poco al norte de Sorrento, un fortín, un mastodonte de varios centenares de toneladas, fue lanzado al aire, y con él toda una batería costera y su pelotón de artilleros. Por el Sur y el Oeste surgieron enjambres de «Jabos»<sup>[1]</sup>. Volaban a poca altura, martilleando los caminos y los senderos, destruyéndolo todo a su paso. La Nacional 19 quedó deshecha en una longitud de ciento cincuenta kilómetros. En veinte segundos, el pueblo de Agripoli desapareció de la faz de la tierra.

Los carros de asalto de protección estaban diabólicamente ocultos entre las rocas. Granaderos del 16.º formaban cobertura con nosotros, bajo los carros pesados. Íbamos a ser el regalo imprevisto para los muchachos de enfrente, cuando se acercasen a la orilla.

Millares de obuses removían literalmente la tierra, estallando y transformando en negra noche el resplandor del día.

Un soldado ascendió corriendo la pendiente, sin armas, gesticulando como un loco, ebrio de miedo.

Le contemplamos con indiferencia: un número entre los otros. También yo había conocido, de madrugada, esa angustia que te paraliza, que se te agarra a las tripas y te hace contraer las nalgas. Uno se pone rígido, con la sangre helada, el rostro descolorido, la mirada fija, como un cadáver ambulante. En cuanto los compañeros se dan cuenta, empiezan a golpear al *enfermo*. Si los puños no bastan, entran en acción los pies y las culatas. Entonces, uno se derrumba, sollozando, y los otros siguen golpeando... El tratamiento es brutal, pero casi siempre tiene éxito.

Yo tenía aún el rostro tumefacto, porque Porta me había atizado de lo lindo. Le estaba agradecido. Si no se hubiese empleado con tanto entusiasmo, yo hubiese sido candidato a la camisa de fuerza.

Miré a *El Viejo*, tendido entre las orugas del tanque. Sonrió e hizo un ademán de aliento.

Porta, *Hermanito* y Heide jugaban a los dados. Estos ro-  
daban sobre un paño verde; Porta lo había birlado en el  
burdel, en la casa de Ida *la Paliducha*.

Una compañía de Infantería bajaba de la montaña y ca-  
yó de lleno en una salva de artillería pesada de acorazado.  
Una mano gigante los barrió. ¡Cinto setenta y cinco hom-  
bres y sus mulos, totalmente atomizados!

«Ellos» comparecieron cuando el sol descendía en el  
horizonte, y nos deslumbraba: enjambres de lanchas de  
desembarco que arrojaban en las playas a los infantes de  
Marina. Soldados veteranos, profesionales, y también jóve-  
nes reclutas asustados, alistados dos meses antes. Era una  
suerte que sus madres no pudieran verles en aquel momen-  
to.

El infierno de Dante era un parque de atracciones com-  
parado con las delicias que les esperaban.

Nuestras baterías costeras habían sido liquidadas, pero  
detrás de cada piedra, en cada cráter de obús, se oculta-  
ban granaderos, cazadores, alpinos, cazadores paracaidis-  
tas, preparados para desencadenar el tiro de sus armas au-  
tomáticas. Ametralladoras pesadas y ligeras, morteros, gra-  
nadas antitanque, lanzallamas, cañones, carabinas de repe-  
tición, minas, «cócteles Molotov», bombas de gasolina, gra-  
nadas de fósforo. Palabras... palabras... palabras, pero  
¡qué inefable suplicio para los asaltantes!

Cubiertos por la artillería naval, «ellos» fijan cuerdas en  
las rocas, trepan como simios y caen dando tumbos. Gru-  
pos enteros giran en la playa blanca, mientras el fósforo los  
diezma. La playa arde. La arena se transforma en lava.

Observamos en silencio: prohibido disparar hasta nueva  
orden.

La primera oleada de desembarco es aniquilada. «Ellos»  
no han avanzado ni doscientos metros. ¡Qué espectáculo  
para los hombres de la segunda oleada, que llegan inme-  
diatamente! También ellos son transformados en antorchas.  
Pero ya comparece la tercera oleada. Con las armas por en-



cima de la cabeza, los infantes de Marina corren a través de las rompientes, se echan de bruces en la playa y empiezan a utilizar sus armas automáticas. Pero no avanzan un metro.

Después, llegan los «Jabos», que sueltan fósforo y gasolina. Llamadas gigantes, amarillentas, se elevan hacia el cielo.

El sol se pone. Aparecen las estrellas. El Mediterráneo hostiga perezosamente los cadáveres calcinados y los mece con suavidad.

Desembarca la cuarta oleada de infantes de Marina. Los obuses trazadores se elevan hacia el cielo. También esos hombres mueren en pocos minutos.

Apenas ha asomado el sol, cuando una armada de lanchas de asalto se lanza hacia la costa. Son los soldados profesionales, las compañías de infantes de Marina entrenados que debían ocupar el terreno cuando los otros hubiesen abierto brechas. Todo el trabajo está por hacer. Su objetivo número uno: ocupar la carretera 18. Sus tanques quedan en la playa, transformados en antorchas. Tenaces, los fusileros avanzan. Son veteranos del Pacífico. Matan a todo lo que encuentran a su paso, e incluso disparan sobre los cadáveres. Han montado cortas bayonetas en sus carabinas de asalto. Muchos llevan colgando de sus cinturones un sable de samurai.

—Los infantes de Marina americanos aprenderán a conocer a nuestros granaderos —rezonga Heide—. Desde hace ciento cincuenta años, esos tipos nunca han perdido una batalla. Cada uno de ellos vale tanto como una compañía. El comandante Mike se alegrará de volver a ver a sus viejos camaradas del Far West.

Es nuestro primer encuentro con los infantes de Marina. Cada uno va vestido a su antojo.

Un soldado trota por la arena, con una sombrilla de color vivo desplegada y fija en su mochila. Detrás de él, viene un sargento chino. En cabeza de una compañía corre un pequeño oficial con un sombrero de paja al estilo de Mauri-

ce Chevalier. Una rosa cuelga alegremente del extremo de una cinta color azul cielo.

Se precipitan hacia delante, sin preocuparse en absoluto del fuego mortal de nuestros granaderos.

Un soldado alemán trata de huir. Un sable de samurai le separa la cabeza del cuerpo. Un soldado americano grita algo a sus compañeros, enarbola el sable siniestro sobre su cabeza y baja la hoja ensangrentada.

Un grupo de bombarderos «Heinkel» se precipita sobre ellos. La playa entera se eleva hacia el claro cielo. Sobre la arena ennegrecida por el humo, el soldado del sable se reuerce en medio de un charco de sangre.

El teniente Frick, nuestro jefe inmediato, se nos acerca a rastras.

—Retiraros aisladamente. Repliegue hasta el punto Y.

Los infantes de Marina han ocupado nuestras posiciones. Nuevas lanchas llegan a la playa. Tanques anfibios surgen con estrépito. En el cielo de verano, los cazas y los bombarderos están entregados a una lucha sin cuartel.

Una sección de granaderos se rinde. Es salvajemente aniquilada. Varios infantes de Marina desvalijan los cadáveres y se guardan insignias y condecoraciones.

Porta se echa a reír:

—¡Los hay que necesitan signos externos de virilidad!

—Bueno, ahora ya conocemos el paño. Había que verlo para creerlo —afirma el pequeño legionario.

Nos hemos retirado unos kilómetros al sur de Avelino. Los jefes alemanes pensaban vencer a las fuerzas de invasión en el momento de su desembarco. Imaginaban una especie de batalla de Cannas<sup>[2]</sup>, pero no habían contado con la enorme superioridad material de los aliados.

El mariscal Alexander y el general Clark esperaban una cabeza de puente... Se les ofrecía un verdadero frente.

Nuestras posiciones caían una tras de otra, pero nosotros seguíamos sin intervenir en el combate. En el regimiento, había pocos muertos y heridos. Nos replegábamos al

norte de Capua. Durante la marcha, tuvimos tiempo de vaciar una bodega en Benevento y, en Casería, de echar una mano para el entierro de varios centenares de cadáveres. El regimiento excavó trincheras con sus palas, allí donde la Via Appia se separa de la Via Casilina.

Nuestro «Pantera» estaba semienterrado. Sobre su capó, habíamos colocado un tonel de vino de Caserta. Un vinatero italiano nos había ayudado a instalar la espita. Un lechón asado colgaba de la torreta.

Tumbados de bruces, hacíamos rodar los dados sobre el paño verde de *Ida la Paliducha*.

—¿Y si nos cargásemos al Papa y prendiésemos fuego al Vaticano? ¿Qué os parecería? —preguntó *Barcelona* entre dos andanadas.

—Obedecemos órdenes —contestó *Porta*, lacónico—. Pero ¿por qué quieres que nos carguemos a Su Santidad? Habría que tener un motivo.

—¡Este es el caso! —exclamó *Barcelona*, orgulloso de conocer un secreto—. El otro día, cuando fui a informar por lo de *el Tuerto*, leí en el despacho del oficial de seguridad, en el Cuerpo de Ejército, una nota del Departamento Político. En Prinz Albrecht Strasse se afanan mucho en este momento para que el Papa tome abiertamente la defensa de los *youpins*<sup>[3]</sup>. Tenemos nuestros provocadores en el Vaticano. Así que el santo hombre caiga en el garlito, pegaremos fuego a su barraca. Todos los curas deben ser liquidados. Incluso puedo decir que, mediante una palabra clave, «Rabat», un regimiento blindado disciplinario sería enviado con zapadores y la escoria de la SS, más el apoyo de unidades especiales de refuerzo. ¡La limpieza será hecha por el SS Dirlwanger! Está preparado para tomar un avión en algún punto del este de Polonia. La acción será atribuida a los comunistas. Los católicos de las unidades que hayan tomado parte en el ataque serán liquidados. —*Barcelona* enarcó una ceja—. ¿Sabéis de algún otro regimiento disciplinario que el nuestro, en el Sur? Un buen consejo a los

que están inscritos como católicos: declarar que han perdido la fe y se han vuelto librepensadores.

—¡Pero no pueden matar al Papa! —exclamó Heide, estupefacto.

—Pueden hacer mucho más —afirmó Rudolph Kleber, el músico, ex SS—. Hace seis meses, un compañero que está en el departamento de investigaciones bíblicas, me explicó que sienten grandes deseos de liquidar en masa a todo el clero. Están tendiendo montones de trampas al Santo Padre. Para la Prinz Albrecht Strasse, el Papa es el peor enemigo de Adolf...

—Todo eso nos importa un pimiento —interrumpió *Barcelona*—. Si os dan la orden, ¿vosotros iréis en busca del Papa?

Vacilábamos. *Barcelona* era un cretino, con su manía de hacer preguntas idiotas.

*Hermanito*, de dos metros de estatura, el analfabeto de Hamburgo, el asesino más cínico de todos los tiempos, levantó el índice, como un escolar.

—¡Prestad un poco de atención, caramba! ¿Quién es católico aquí? Nadie. ¿Quién cree en Dios? Nadie.

—¡Eh, calma, amigo! —advirtió el legionario, levantando una mano.

Pero era imposible detener a *Hermanito* una vez estaba lanzado.

—*Anda o Revienta*, sé bien que estás por Alá, y te digo como Jesús, hijo de Saúl —*Hermanito* se embrollaba siempre con sus escasas nociones de Historia Sagrada—, dame lo que es mío, y pásale alguna cosilla al emperador. Me gustaría muchísimo saber si ese Pío no sé cuántos de Roma, del que tanto habláis estos días, es sencillamente el jefe de todos los curas, una especie de general de la Iglesia, o si, verdaderamente, es el representante en la tierra del jefe de los cielos, como decía la gachí que el otro día me ponía la pomada en mi ojo enfermo.

Porta se encogió de hombros. Heide apartó la mirada y jugueteó con los dados. *Barcelona*, absorto en sus pensamientos, encendió un cigarrillo. Yo cambié el detonador de un cohete. *El Viejo* deslizó los dedos a lo largo del cañón.

—Supongo que es el representante del cielo —murmuró pensativamente.

*Hermanito* tamborileaba con las uñas sobre sus incisivos.

—Al parecer, nadie está totalmente seguro. Pisáis un terreno resbaladizo. Yo, el cabo primero Wolfgang Ewald Creutzfeldt, soy un duro. Me importa un bledo un muerto de más o de menos. ¡Disparo contra cualquiera! Fusilero o general, prostituta o reina. Pero las cosas de Dios, prefiero respetarlas. Si el amo del Vaticano tiene comunicación directa con Dios, admitiendo, claro está, que Dios exista, no hay que tener mucha sesera para adivinar que nos veremos en un buen apuro si nos los cargamos a todos. La vieja excusa: «cumplimiento de órdenes», no valdrá gran cosa ante Pedro el de las llaves cuando hagamos chasquear nuestros huesos a la puerta del Paraíso. No quiero perderme mi vida eterna.

—Dios existe —afirmó el legionario—. Si se toca a un musulmán se toca a Dios. El Papa es grande, más grande que cualquier otro. Pero esperemos primero la orden, antes de calentarnos los cascos, para saber lo que hemos de hacer. Siempre habrá alguna solución. Eventualmente, podríamos dar la vuelta a nuestros cañones y pintar un par de llaves en la tortea.

—¡Vaya idea! —se mofó Porta—. Enviarán varias compañías SS contra nosotros, y no tardarán en hacerse con nuestra piel.

—La idea del legionario no es tan mala —intervino *El Viejo*, pensativo—. En el Vaticano, poseen emisora propia. Suponed que se difunde que un regimiento blindado alemán defiende el Vaticano contra un ataque alemán. Es una

noticia que armaría bastante ruido en el mundo, y que no gustaría en absoluto en Berlín.

—Verdaderamente, eres un poco ingenuo —replicó Heide con sarcasmo—. Ya te han dicho que en el Vaticano había agentes provocadores. ¿Te figuras que cuando se arme el jaleo se esconderán en los sótanos? Sin pérdida de tiempo se apoderarán de la emisora de radio y anunciarán al mundo entero que el Santo Padre ha solicitado la protección de los alemanes. Y después de una corta visita a la Prinz Albrecht Strasse, el Papa bailará al son que toque el SS Heinrich. Incluso para un Papa, el ácido en los pulmones no es ningún regalo. En cuanto a nosotros, si recibimos una orden, la ejecutamos, porque no somos más que soldados. Si se nos da la orden, nos meteremos en el trasero un cartucho de dinamita para ir hasta la Luna. Por mucho que nos resistamos, que lloremos como unos mierdosos y que discutamos el viaje, acabaremos por hacerlo.

—Estás delirando —intervino Porta—. Por el momento, estamos aquí, esperando a una banda de feroces yanquis. Ofrezco cuarenta y cinco pitillos de opio, cincuenta de marihuana y treinta de grifa a quien saque tres veces seis, porque hoy es uno de mis días generosos. Vosotros apostáis el doble para tener derecho a tirar seis veces a los dados.

Por esas seis tiradas, olvidamos al Papa. Seis dados de oro macizo, con los puntos de brillantes, que Porta había «requisado» en un garito francés. En aquella ocasión, llevaba su fusil ametrallador y el rostro cubierto con una media de mujer. La Policía militar había estado un año entero buscando al culpable, que se encontraba mucho más próximo de lo que suponía.

Recurríamos a toda clase de trucos para que la suerte se pusiese de nuestra parte. *Barcelona* dio cuatro vueltas al cañón, apoyado en los brazos y con los dados en la boca, pero sólo obtuvo cinco seises y un cinco y tuvo que retirarse a la primera vuelta.

*Hermanito* perdió no sólo su droga, sino también su *nagan*<sup>[4]</sup>.

Un grupo de soldados rebasó nuestra posición, como una tromba.

—Menuda prisa tienen —observó Porta—. ¡Deben de haber visto un fantasma!

Otro grupo galopaba como si les persiguiera el diablo.

—Quizá se ha firmado la paz y se vuelven a sus casas —murmuró *Hermanito*, beatíficamente.

*El Viejo* se encaramó en el tanque, enfocó los prismáticos y miró hacia el Sur.

—Tengo la impresión de que todo esto está en descomposición. Desde Kiev, no había visto semejante desbandada.

—Limpiémosles las narices con un par de granadas —propuso Heide, homicida—. Estos puercos desertan.

—Es mejor que nos larguemos —gritó Porta, jovialmente—, y sigamos al pelotón de cabeza, rumbo a Berlín. La experiencia me ha enseñado a nadar a favor de la corriente, nunca en contra.

*El Tuerto*, con el teniente Frick pisándole los talones, llegó como un tornado.

—¡Beier! —gritó muy excitado.

—Presente, *Tuerto* —contestó *El Viejo*, tal como el general Mercedes exigía que se le llamara durante la batalla.

—Mantén la posición. Porta, dame un trago de *schnapps*.

Porta le alargó la enorme cantimplora birlada en Francia. Una cantimplora que había hecho la guerra de 1870.

El corpulento general bebió y se limpió los labios con el dorso de la mano.

—De *slibowitz* —murmuró expertamente—. No os sorprendáis si, de repente, veis aparecer japoneses ante vosotros. El 100.º Batallón está formado por japoneses nacionalizados americanos. No dejéis que se os acerquen. Liquidadlos. Llevan sables de samurai y luchan tan fanáticamente